

Pero no había esperanzas ya, había llegado el término de su carrera; porque ese dolor, esas esperanzas eran.....
¡la agonía!

¡La agonía! palabra terrible que hiela en nuestras venas la sangre, porque cuando ella sobreviene, solo Dios podrá salvarnos.....

Y para el herido había comenzado ya; era la primera parte, la parte animal, por decirlo así..... lucha larga, penosa, porque la agonía en los hombres fuertes y enérgicos es mas larga y mas angustiosa que en los hombres débiles, que mueren dulcemente y sin transición, como un enemigo inerme que se rinde sin combatir.

Y entretanto el sacerdote, en la cabecera, miraba impasible retratarse sobre la frente del herido las angustias de esa lucha terrible y silenciosa entre la muerte y la vida. ¡Dejaba llenos de amargura, de terror y de duda, esos instantes que debía endulzar con su voz santa y evangélica!..... Pero, lo repito, este sacerdote no era digno, porque para ser sacerdote no se necesita solo saber latin, moral y *otomí*, no, no; para serlo se necesita tener mucho talento, mucho corazón, y haber sido destinado á ello por Dios; porque el sacerdocio es una misión y no un oficio..... ¡Pero la *ilustración* nos ha hecho adelantar tanto!.....

Y él, que había asistido á la agonía de muchos hombres; él, que los había visto, fuertes, irse debilitando por grados hasta morir, jamás habría hecho reflexión alguna, y creería que el silencio que el herido guardaba era porque estaba examinando su conciencia, como se lo había mandado;—¡como si en esos instantes pudiera el hombre entregarse á un exámen!.....

Pero se cansó de esperar, y pronunció, con aire duro y seco, acercando su cabeza á la del herido:

—Confiesa tus pecados!.....

Y esas palabras, arrojadas sobre el oído mismo de un moribundo, fueron á resonar hasta el fondo de su pecho, como el grito de un juez airado, del cual no hay que esperar clemencia..... —Sí, la religión, por tan poco tino, perdió su unción y su consuelo para el herido, y solo se figuró á Dios como un juez severo, que infunde terror y no esperanza. Y lo que resultó fué hacer mas terrible la agonía, porque al terror animal de morir se añadió el terror de la eternidad.....

Y esos últimos momentos que, guiados por la mano hábil y delicada de un digno sacerdote, deben ser tan dulces, tan llenos de consuelo y de esperanza; porque ante esa voz, voz del mismo Dios, deben desaparecer los terrores y el dolor, solo fueron para el herido los momentos mas angustiosos, mas horribles; porque á medida que pasaban iba teniendo ménos esperanzas, y se le dejaba entregado á él solo, á él, que no quería morir; ó cuando mas, oía, por el bulto negro que tenía á su lado, porque sus ojos empañados ya no veían, palabras terribles, espantosas pinturas de la eternidad, del infierno, del enojo de Dios, para obligarlo á arrepentirse.....

—¿Cómo te llamas?.....

—¡Francisco!..... Se oyó su voz débil, como si su aliento se hubiera perdido en las concavidades de su pecho ántes de llegar á su garganta.

—¿Eres casado?.....

Francisco lanzó un grito pequeño, pero agudo, nervio-

so..... se le vió cerrar los ojos, estremecerse y palidecer..... se oyó el rechinar de sus dientes y los gemidos que se formaban en su pecho y morían en su garganta anudada..... Despues, dos lágrimas llenas de tristeza y amargura, porque hay lágrimas tan tristes que las revelan en su aspecto, corrieron lentamente por sus mejillas.....

El sacerdote dejó pasar un instante en silencio..... y luego reiteró su pregunta.

Esta vez recibió una contestacion..... pero ya no la pudo oír, porque aunque los labios otra vez blancos del herido se movían, solo podían arrojar un débil soplo..... La herida se había vuelto á abrir..... la sangre corría, y el aliento se le escapaba por ahí.....

El sacerdote no halló palabras de consuelo: de buena fé creyó que su mision solo se extendía á oír, á hacer arrepentirse por el terror, y á perdonar.....

—Oyó con grande trabajo la confesion del herido, confesion incompleta, porque faltaba la reflexion y la calma; confesion hecha por el terror, y luego murmuró la absolucion..... En seguida sacó de su relicario la Hostia sagrada y la dió al herido.....

Despues marchóse indiferente.....

¡Esto se ve en el hospital!—Nada añado, nada exagero, y por el contrario, suprimo muchas cosas!!!.....

¡Cuántas reflexiones amargas, terribles, desconsoladoras, nacen de este relato!

¿Y en un establecimiento dedicado á la caridad, en un país tan moralizado, tan religioso como el nuestro, se ve esto, cuando es tan fácil el remedio?

Esto que hemos visto en el hospital, sucede mas monstruoso, mas horrible en los pueblos.

Para nadie es misterio la conducta, la dureza, la ignorancia de ciertos curas!

¿Y no se pone remedio?

Suprimanse de una vez esas órdenes de *idioma*, ó cuando ménos, háganse con mas tino. ¿Se sabe lo que es? ¿Se sabe qué personas las pretenden siempre?—El hijo de un rancho, muchacho que se le ha criado hasta la pubertad en la mas crasa ignorancia; que se ha embrutecido con ciertas ocupaciones, con el trato de sus compañeros; que ha contraído tal vez muy malas costumbres, y que cuando mas ha servido en su pueblo de *acólito* ó sacristan, aprende á esa edad á leer mal, y es enviado á un colegio de esta capital ó de otra ciudad. Allí pierde dos años en mal aprender latin, y se ordena de menores; entónces, con la corona ya abierta, estudia *moral*: á los seis meses se ordena para asegurar *la torta*, como dicen ellos mismos en su lenguaje burdo..... despues acaba de recibir las sagradas Ordenes, y es enviado, solamente porque sabe *otomí* ó *mexicano*, sin mas exámen de la ciencia, de su conducta, de sus costumbres, á su pueblo de cura.....

Y ahí la religion se vuelve idolatría; ahí Dios, ó es un padre consentidor, ó un tirano..... ahí el cura es el Dios, la religion su oficio, los feligreses sus súbditos.....

¡Harto se ha dicho sobre esto!.....

Y no solo en los pueblos, en el hospital mayor de la capital se ven estos abusos. ¿No tiene bastantes fondos el establecimiento para dotar mas de dos capellanes, sacerdotes escogidos, que endulzaran los últimos momen-

tos del moribundo? ¿No sería esta mayor caridad, que otras cosas que se hacen de preferencia? ¿Se cree sin consecuencia la ignorancia y la dureza de un sacerdote en esos últimos momentos?— ¡Ay! ¡entonces siquiera la muerte no sería tan penosa en ese hospital, donde todo revela miseria, descuido; donde es una desgracia ir! Sin embargo, no he dicho la verdad; nada he dicho del *¡tecolote!* de esa horrible irrisión..... ¡La pluma se cae de la mano!

Volvió á reinar el silencio.....

Francisco, el herido, lloraba é iba acabando por grados, pero rápidamente, como la luz de una lámpara sin aceite, cuya mecha se va carbonizando.

Rafael estaba de pié al lado de la cama, mudo, espantado, pensativo.....

La sangre había sido detenida..... ya solo se trataba de hacer ménos penosa la muerte. ¡Triste compasión!

La luz, como he dicho, apenas llegaba hasta su rostro, y sus ojos ora vagaban con indefinible ansiedad por todos los objetos que lo rodeaban, como si á cada uno quisiera pedirle auxilio; ora se fijaban llenos de terror y dolorosa esperanza en el farol velado, como si la luz fuera el símbolo de la vida; ora se cerraban desfallecidos y moribundos y se volvían á abrir llenos de lágrimas.....

Rafael seguía todos sus movimientos: sin saber por qué aquel hombre le había causado simpatía; y él, que sentía siempre el ver padecer á sus semejantes, sentía doblemente ver morir á aquel hombre tan fuerte; tan fuerte, que su agonía era prolongada, como si le costara trabajo á la muerte vencer esa naturaleza tan completa, por-

que á cualquiera otro hombre una herida semejante, no le hubiera dejado media hora de vida.....

¡Morir en un hospital y morir aislado de todo el mundo; sin uno que recoja la última mirada y el último suspiro, que tantos misterios, tanta ternura, tantos dolores encierran, es muy triste; y por eso Rafael permanecía ahí, para procurarle este último consuelo á lo ménos!

Los momentos corrían con pausada solemnidad, como cuando atravesamos la pieza donde murió nuestro padre.....

Tal vez Rafael creería sorprender alguno de los misterios de la muerte; esos terribles misterios, que mas de una vez han desvelado su imaginación.....

¡Oh! ¡si la muerte se pudiera estudiar á la cabecera del moribundo!!.....

Pero se acaba de convencer que es imposible; ¿qué otra cosa puede estudiar sino la fisonomía del moribundo? cuando mas, cómo poco á poco se va extinguendo la vida, como un sonido que se aleja: algo es, pero para lo que él desea, nada. Dios cubrió de eterno é impenetrable misterio la muerte, ¡porque si el hombre lo adivinara!!.....

La verdadera muerte está en el cerebro: ¿qué ideas se tienen, qué se siente?..... ¡Oh! ahí está el misterio!

¡Morir! si no fuese mas que doblar la cabeza, no volver á sentir y deshacerse en polvo, sería indiferente..... pero morir, en realidad es algo mas.....

¡Ah! hé aquí lo que el hombre quisiera saber.....

¿En esos últimos instantes de vida, vuelve el hombre su vista atras, y contempla su existencia tal cual ha sido?—¿Ve todas sus acciones con un solo golpe de

vista? ¿recuerda todo lo que ha amado?—¡Oh! qué triste debe ser entónces!

¿O todo lo olvida, y su alma se estremece al temor animal de morir..... de no volver á ver la luz..... de no volver á saber lo que sucede en el mundo?.....

¿Sus ojos penetran algo ya de la eternidad, que se abre silenciosa ante su vista?.....

¿Cobran mas vida y energía las ideas en su cerebro, por lo mismo que va á romperse la vida, ó van muriendo una por una hasta quedar un solo pensamiento, que se rebulle un instante en el cráneo vacío para extinguirse en seguida? ¿Cuál será ese pensamiento?..... ¡Morir! ¿También el alma muere? ¿Qué es la otra vida? ¿Queda algun resto de sensibilidad en nuestros cuerpos? ¡Tinieblas, misterio, eterno misterio!.....

—¡Oid, oid! la respiracion del herido no es ya tranquila y débil; ahora es trabajosa, y parece que resuena en su pecho como en una bóveda vacía..... ¡es el *estertor* de la muerte!

—¡Qué momentos tan penosos!—Rafael con un ojo hábil y experimentado va mirando uno por uno todos los síntomas que preceden á la muerte, y cada uno que sobreviene contrista mas su alma.

Ya el herido ha perdido el tacto; sus manos vagan inciertas sobre las ropas; como un ciego que busca algo: en el lenguaje de agonía eso se llama *coger moscas!*..... su cuerpo está inmóvil y solo su cabeza desfigurada, cadavérica, como si esa hora y media que ha trascurrido para él hubiera sido mas que un siglo de afliccion, se mue-

ve de vez en cuando como la de un niño á quien no gusta la almohada.

¿Por qué á medida que se acerca mas y mas la muerte, parece que se oprime el pecho, y la respiracion es ronca y difícil, como si la garganta estuviera escabrosa?

Aquella agonía, en aquella hora y en aquella sala tenia algo de solemne y terrible: aquel herido que moria silencioso, sin despegar los labios, y Rafael á su lado, pálido, triste, inmóvil, como si fuera mas que un hombre, rodeados ambos de aquellos moribundos tambien, de los que unos dormian indiferentes, porque esa es la vida; otros fijaban sus ojos, brillantes por la fiebre en medio de la sombra, en el herido, sin comprender el drama que tocaba á su fin..... otros, compasivos, con la triste esperanza de que mañana otro lo hiciera por ellos, rezaban en voz baja y compungida; otros, por fin, se llenaban de miedo y de terror, y tal vez prorumpian involuntariamente de vez en cuando en la lúgubre exclamacion: *¡Jesus te ayude!*..... ¡Y luego reinaba el silencio!..... y el miedo embargaba sus voces, hasta que volvian á exclamar con la voz seca y nerviosa del terror, que parece formarse en lo hondo del pecho estremecido: *¡Jesus tenga piedad de tí!*.....

¿No es en efecto horrible esa agonía, á la vista de tantos á quienes la idea de morir mata tal vez mas que la enfermedad? De pronto el herido abrió los ojos, que brillaron con todo su fuego, como en medio de su juventud, alzó la cabeza y se dirigió á Rafael.....

—Dadme, buen jóven, un vaso de agua—dijo con voz

honda pero firme.—Rafael se estremeció como si hubiera recibido un golpe eléctrico.

Aquella energía de vida le afligió, porque era el último chisporroteo de la lámpara ántes de morir, la última vivísima vibración de la cuerda que se revienta..... era el último esfuerzo del gladiador herido, que se levanta para caer despues, como muerto por un rayo. Era el espíritu al romper los lazos que lo ligan al cuerpo....

Se apresuró á cumplir su último deseo; pero cuando llegó con el agua, el herido ya no la pudo tomar: habia vuelto á caer su cabeza, pero débil, muy débil ya, tanto, que su respiración no llegaba á los labios, sino que parecia apagarse hirviendo en su garganta.....

Rafael se quedó con el vaso de agua en la mano: las lágrimas se le venian á los ojos, y su corazón se comprimía de pesar.....

—El herido lo miró.....

—No lloreis.—Le dijo con voz fatigosa y apagada, y al mismo tiempo dulce.....—Las lágrimas..... son inútiles.....—Se detuvo fatigado, porque el aliento le faltaba.

—Una oración..... —continuó:—eso sí..... os lo pido..... una oración por mi alma..... porque tengo miedo. ¡Ay!.....

Y temblaba.

—¿Tendrá piedad de mí el Señor?.....

Rafael quiso responderle, porque el acento del herido era indefinible, y probaba el vacío que habia dejado el confesor..... pero no pudo mover los labios: tanto dolor lo tenia mudo é inmóvil.

Varios de los enfermos cercanos, habian conocido que ya estaba *acabando* el herido, y se habian puesto á rezar en voz baja y monótona, que formaba como un murmullo lúgubre.

El herido puso atención un momento y se estremeció.

—¡Oh!—murmuró:—Dios se los pague..... pero me llena de terror ese coro.....

Su voz no era ya sino un soplo imperceptible.....

Los enfermos cercanos, tal vez muy experimentados en los síntomas de la agonía, porque habian visto morir tantos á su lado, empezaron entónces el patético ejercicio que se llama *ayudar á bien morir*.

A la primera de las fúnebres exclamaciones que, pronunciadas por varias voces enfermas, resonaban de un modo extraño y siniestro en medio del silencio, el herido lanzó un grito débil y se puso á temblar de espanto.

El aparato de la muerte le daba miedo.

En cuanto á Rafael, no sentia nada: estaba saturado de dolor, insensible: le parecia todo un sueño, y los sonidos llegaban á sus oídos sin comprenderlos, y se encontraba inerte, impotente, como presa de una pesadilla.

—¡Oh!..... —murmuraba cada vez mas débil el herido:—¡Señor!..... ¡Señor!..... á todos..... los perdono..... perdó..... name..... perdóname.....

—¡Ora por él!..... —murmuraban lentamente los agonizantes desde sus camas.....

—Y ampara..... ampárala..... Dios mio..... ¡pobre de ella!..... pobre..... po..... bre!.....

Las lágrimas ahogaron su voz..... y se le oyó gemir un instante.

—¡Misericordia, Señor!!

Rafael sentía una convulsión interior, como si estuviera suspendido en un precipicio.....

—En tus manos..... la pongo..... Virgen Madre de los..... afligidos..... sálvala..... sálvala..... Ten..... piedad..... de mí.....—añadió, clavando los ojos en el cielo con indecible angustia y esperanza.....

Era una voz salida de un cadáver, porque en aquel hombre solo vivía el pensamiento ya.....

Rafael lloraba..... el coro seguía.....

Después nada se oyó.

Todos creyeron que había acabado, y los enfermos reclinaron la cabeza tristemente..... y suspendieron *su agonía*.... para llorar tal vez.....

La luz misma parecía participar del duelo.

Pero de pronto el herido se estremeció, y Rafael formuló un grito de terror, desde el fondo de su corazón, que se ahogó antes de salir por sus dientes, nerviosamente apretados.....

—Los demás enfermos, ocupados en tristes y particulares pensamientos, nada notaron.

Abrió los ojos el moribundo, y pronunció lenta, muy lentamente, con acento solemne, pero sordo y apagado:

—¿Qué horas son?

Rafael quiso contestarle; pero no pudo abrir los labios, y la respuesta que había formado fué á resonar al fondo de su corazón y á hacer cosquillas en su pecho, como una serpiente que se desliza por una bóveda vacía.

—¿Qué horas..... son?.....—repitió con la misma solemnidad y con la voz suplicante de uno que va á mo-

rir, pero con el acento mas confuso, como si fuese la respiración de un asmático.

Aun hubo un instante de silencio, y luego, como si Dios se encargase de darle la respuesta que los hombres no podían, se oyó el martillo de un reloj cercano.....

El herido, aunque le faltaba el aliento, lo suspendió con infinitas angustias, para contar las campanadas, que llegaban distintas á sus oídos, aunque tristes como una cosa que se oye por última vez.....

—¡Las diez!—pronunció muy bajo Rafael.

Una palidez verde se extendió instantáneamente por la fisonomía del herido: los ojos le brillaron fosfóricamente un momento y se le hundieron: gotas de sudor brotaron de su frente, los cabellos se le erizaron, alzó las manos extendidas.....

—¡Las diez!—repitió convulsivamente, con un acento tan sordo y tan terroroso, que hacía huir al alma de su asiento.

Un velo corrió por los ojos de Rafael.....

Cuando los volvió á abrir, retrocedió ante la expresión de helado terror que tenía el rostro del herido.

Luego se acercó, lo tocó: estaba frío y rígido; lo miró; tenía los labios abiertos y blancos, la nariz afilada y transparente, los párpados alzados, y el globo del ojo fijo, vidrioso, espantado..... el color del rostro amarillo.....

Había muerto.....

Rafael se retiró silencioso y grave, á largos pasos, y el eco de la sala, y la mirada de los enfermos le dieron miedo.